

CRÓNICA PARA SENTIMENTALES

*... and there he was,
this young boy,
a stranger to my eyes.*

Aquella canción
de Roberta Flack

Tiene 17 años y su rostro es atterradoramente perfecto.

No.

En realidad no tiene 17 años, pero desde hace días la frase me camina por la mente así, con la mentira, el engaño de su edad.

No tiene 17 años. En realidad cumplirá 19 en un par de meses.

Pero no es el número lo que importa.

Es solo un pretexto para comenzar.

Fue también un pretexto para otras cosas: para la culpa, para el conflicto y después, también para el arrepentimiento.

Hice cuentas.

Pensé: si yo lo hubiera parido a los 16 años, él podría ser mi hijo, mi hijo de 18, casi 19 años. Y yo su madre, su madre de 35.

Es posible. Ya es posible hacer ese cálculo matemático. Ya es posible hacer números y pensar que quizás, de haber sido yo una precipitada, una de tantas niñas que tienen bebés a esa edad, nada remoto, nada extraño en nuestras latitudes, él sería mi hijo.

Mi bello hijo.

Ya es posible para mí hacer esos cálculos.

Ya es posible para mí ver a un adulto y pensar: puede ser mi hijo, podría ser mi hijo.

Ya tengo esa edad, Dios mío.

Ya tengo esa edad.

* * *

¿Mayo?

¿Qué tiene que ver el mes de Mayo?

¿Mayo es importante?

Iba a escribir:

lo conocí en Mayo / lo engendré en Mayo / lo amé en Mayo / me dejó en Mayo.

Pensé que algún día, si tuviera un hijo, se llamaría Mayo. O Never.

Supe de un hombre llamado Never. Pero nunca lo conocí ni vi su rostro en ninguna fotografía. En realidad, supe de Never porque ya era un difunto y porque le habían puesto su nombre a un caserío recién formado, en un lugar tan lejos, tan en el monte,

tan en el más allá de mis recuerdos, que ni quiero hablar de ello.

* * *

El niño, mi casi-hijo, el de los 17 años que en realidad son 18, se apareció en mi vida un día cualquiera de agosto.

Lo siento.

No lo anoté en mi agenda ni en mi diario. No anoté el día, la hora. El lugar donde lo vi la primera vez, qué ropa traía yo puesta, qué hizo, qué dijo, la circunstancia exacta, ¡maldita memoria!, no lo puedo recordar.

Lo único que sé es que lo vi. Y que su belleza me trastornó.

Trastornada y sin embargo, fingí lucidez absoluta.

(Ahora me detengo. Ahora me pregunto para qué esta manía enfermiza de escribir lo que me pasa, para qué, para quién, por qué. Por qué siempre que ocurre algo, en particular los dolores de mi vida, por qué tienen que terminar en esto, en un pedazo de papel, en un montón de palabras con la pretensión de estar bien escritas. Para qué. Para qué vivir las cosas, las personas, y luego trastrocarlo todo al papel.

Me pregunto: ¿vivo la vida para escribirla, vivo y hago y revuelvo los acontecimientos y los sucesos de mi vida para tener “una gran historia que contar”, material para escribir? ¿Permito que los hechos lleguen hasta los extremos para esto, para transformarlos en una historia?

¿Hago que pasen estas cosas porque en mi mo-

nótona, rutinaria y segura vida nunca ocurre nada y si no revuelvo la ciénaga del dolor no tengo capacidad de sentir y entonces las palabras de la rabia / la pasión / el desencanto / la amargura / la lucidez no acudirían a mí y no podría escribir nunca más y sentiría que la vida es un montón de niebla transparente e inútil que me impide hilar la realidad como en un collar de cuentas sin el cual perderé la razón?

¿O es exacta y precisamente al revés: escribo porque no entiendo nada, escribo porque no tengo otra cosa, escribo porque estoy desesperada? ¿Escribo porque quiero que los demás sepan y porque no me atrevo, jamás me atreveré a hablar?).

* * *

Ocurrió en los días del secreto, del silencio, de la soledad fríamente elaborada.

No miraba a nadie, no hablaba con nadie, no quería contacto con los humanos.

Salía a la calle solamente para hacer mis diligencias domésticas. Trabajaba de 8 a 5. Los fines de semana dormía o trabajaba en el jardín. Y ya.

Ésa era mi vida.

Mi cómoda, tranquila, indolora vida.

Hacía literalmente años que no amaba a un hombre. Y estaba bien que así fuera.

De hecho, pensaba que nunca volvería a estar con un hombre, que esas cosas habían terminado para mí.

Culpa de todos los que habían partido sin una despedida decente.